¿Un amor imposible? I

Autor: Eroticteller
Categoría: Adultos / eróticos
Publicado el: 13/09/2019

Se sentía distinta a las demás chicas de su edad, de sus recién cumplidos 18 años. No le gustaba hablar de los típicos temas de los que hablaban sus compañeras de clase: de moda y modelitos; de la música latina y el reggaetón, que tanto odiaba; no quería saber nada de los cotilleos de los famosos, ni de la vida de los cantantes; huía de los postureos y los selfies; y, por supuesto, no opinaba de chicos ni de las supuestas aventuras sexuales en las que las demás decían que habían participado.

De esto último no podía opinar ni alardear, más que nada porque nunca había tenido ningún tipo de relación con un chico. Hasta ese momento no había sentido la necesidad de experimentar el sexo con ninguno, ni hacer esas mamadas de las que hablaban las otras, ni dejarse hacer sexo oral ni, mucho menos, llegar a follar. Claro que se masturbaba, aunque no hacía demasiado que había empezado a hacerlo. Pero el hacerse dedos lo utilizaba como un medio para relajarse ante situaciones estresantes, como en la época de exámenes. En esos momentos, cuando sus dedos tocaban su clítoris, notaba principalmente mucha tranquilidad; se quedaba un buen rato acariciándolo al tiempo que sus manos pasaban por sus tetas y se detenían en los pezones. Le gustaba pellizcarlos y notar cómo se endurecían al contacto de las yemas, y eso sí que le proporcionaba un placer que se extendía al interior de su vagina, que reaccionaba humedeciéndose poco a poco.

A Paula le gustaba sentir esa sensación de humedad dentro de ella, y aprovechaba el flujo que salía hasta la entrada de su vulva para mojarse los dedos y seguir acariciando y frotando su clítoris. Con una mano en su coño y otra en sus pezones, solía alcanzar un intenso orgasmo, que le hacía temblar su vientre, sus piernas, y que le proporcionaba un tranquilo sueño.

Le gustaba eso, pero no abusaba de ello. Disfrutaba de esas masturbaciones, pero se conformaba con hacérselas a sí misma. No necesitaba a ningún tío para sentir placer. Además, veía a los chicos de su clase como unos completos inmaduros. Más que terminando la Secundaria, parecían niños en la guardería; siempre gritando, haciendo el tonto en clase, hablando sólo de fútbol, haciendo chistes de no demasiado buen gusto… Pero esas actitudes, que a Paula le parecían horrorosas, eran las que gustaban al resto de sus compañeras, que reían las supuestas gracias de los tíos como si fueran idiotas.

Por todo ello, Paula era la rara de la clase, la que no se integraba, la que quedaba al margen de las reuniones de grupo, la que no participaba en las actividades. Era la rara porque no seguía a los demás, porque no se dejaba llevar por modas ni por opiniones. Y, por ser la rara, estaba sola.

Ella sabía que, incluso, había profesores que la criticaban por eso. Llevaba sólo dos años en ese colegio, pero los tutores de los cursos anteriores ya le habían dicho que tenía que intentar cambiar; que tenía que "socializarse" y colaborar con sus compañeros.

Aun así, a Paula todo eso parecía no importarle. Estaba acostumbrada a no tener amigos y a pasar sola en casa los fines de semana, ante la preocupación de su madre, con la que vivía.

Sabía que su madurez estaba por encima de la de la gente de su edad, pero, pese a todo, había momentos en que necesitaba ser escuchada; necesitaba expresar sus sentimientos y preocupaciones porque, aunque quería hacerse la fuerte, en el fondo, en muchas ocasiones, sufría y lloraba.

Pero ese curso que empezaba tenía algo bueno. Uno de sus profesores volvía a ser Jaime. Ya el año anterior, Jaime se había mostrado muy amable con ella. En alguna ocasión se había acercado para preguntarle qué tal se encontraba, y Paula se dio cuenta de que su interés era sincero y que, a diferencia de otros profesores, Jaime parecía entenderla sin juzgarla.

Él era un hombre maduro, de unos 45 años o más. No era el más popular de entre los profesores, quizá porque era exigente en su asignatura. Tampoco destacaba por su físico; a lo mejor entre mujeres de su edad podría tener cierto éxito, pero sus alumnas lo veían poco atractivo por la pérdida de cabello, su incipiente barriga y por las arrugas que iban surcando su rostro.

Pero también en esto Paula era diferente. No es que sintiera una especial atracción física hacia él, pero le encantaban sus ojos verdes, que la miraban siempre con un brillo especial; su boca que, pese a las veces que se enfadaba en clase, solía lucir una sonrisa y, sobre todo, su voz, una voz suave que transmitía mucha tranquilidad. Escuchándole, Paula se quedaba ensimismada perdiendo, incluso, el relato de lo que Jaime estaba contando.

Como el año anterior, Jaime le preguntó cómo se encontraba; como el año anterior, Paula se dirigía a él para preguntarle por dudas de la asignatura. Poco a poco, esos tiempos para las dudas se iban alargando porque, de una manera natural, empezaban a hablar de otras cosas. Así fue cómo Paula se fue abriendo a contar sentimientos que nadie más conocía. Y Jaime supo de la necesidad que Paula tenía de ser aceptada como era, y se dio cuenta de que necesitaba sentirse querida. Y, también de una manera bastante natural, Jaime se reconoció que empezaba a sentirse atraído por ella.

Uno de esos días de conversaciones en el recreo, Paula estaba especialmente triste. Había tenido un problema con sus compañeros a la hora de hacer un trabajo y, nuevamente, se había sentido rechazada por ellos. Jaime intentó consolarla volviendo a repetirle las cosas que solía decirle sobre su valía y personalidad, pero, esta vez, Paula parecía estar más ausente. Fue en ese instante cuando Jaime le dijo algo que jamás antes se había atrevido a decirle.

Vamos, Paula. No debes estar así, tan alicaída. Tú vales más que muchos de esos capullos que se meten contigo. No puedes rendirte. Y, además, prefiero verte sonreír porque estás mucho más guapa -. Paula estaba sentada mirando hacia el suelo. Jaime, suavemente, puso sus dedos debajo de su barbilla y le levantó un poco la cabeza. Se quedaron mirando fijamente -. En realidad, siempre estás guapa. No soy guapa – dijo Paula en un susurro, sin apartar sus ojos de los de Jaime. – No me gusto, y no creo que guste a nadie. Pues estás equivocada. Créeme, eres una chica con un atractivo especial, y tienes una cara preciosa. Sólo te falta encontrar a quien te sepa apreciar de verdad, y no sólo por tu físico. Y ese día llegará, te lo aseguro, y entonces verás las cosas de otra manera.

Paula sonrió casi sin querer y sus labios formaron un “gracias” que Jaime apenas oyó pero que sintió.

Continuará...

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: Eroticteller
Más relatos de la categoría: Adultos / eróticos
Muchos más relatos en: cortorelatos.com